

CAPÍTULO XXXI

CAPRICO

Vamos á encontrar á Margarita en su tocador, donde no la hemos visto desde aquellas escenas con que empieza la primera parte de la *Deuda del Corazón*.

El tocador de la señora de Góngora no es, ciertamente, el suntuoso tocador de la señorita de Miramar. Los muebles son sencillos y hasta humildes, y no hay más espejo que el absolutamente necesario para las consultas indispensables. El olfato más delicado no percibe allí más perfume que el que exhalan algunas flores que nacen, viven y mueren en dos pequeñas jardineras, flores entre las que se hallan la fresca malvarrosa y el menudo heliotropo.

Margarita se halla sentada delante del espejo, cubiertos los hombros con un gran peinador, y de vez en cuando levanta los ojos, mira su imagen retratada en el cristal y se sonríe. Esta sonrisa, que interrumpe la dulce tristeza que baña su rostro, la promueven los gestos que hace *Mari*, entre cuyas manos flotan indómitos los abundantes rizos de Margarita.

Gesticula la doncella descontenta de su habilidad. Hace ya mucho tiempo que su ama renunció á los peinados de gran efecto, y *Mari* advierte que se halla en un atraso lamentable respecto á este punto importante en el adorno de las mujeres. Ha perdido la costumbre de peinar á la moda, que es la suprema ley, y aquellos rizos tan dóciles

antes se escapan entre sus dedos sin querer sujetarse á la forma que la impaciente doncella quiere darles. Acostumbrados á caer sencillamente en ondas naturales sobre la frente de Margarita, se encrespan ahora como las olas del mar, negándose á todo artificio.



Margarita se halla sentada delante del espejo

Mari se desespera y Margarita se sonríe. Es una lucha en la que todas las tentativas de la doncella son victoriosamente rechazadas; cuando cree que ha dominado la rebelión de un rizo, otro se insubordina levantando sobre la cabeza de Margarita un nuevo tumulto. Decididamente se oponen á toda innovación; les va muy bien con sus sencillas trenzas y sus ondas naturales, y no hay manera de convencerlos.

Ya se ve, á Margarita le había ocurrido la idea de pedirle un peinado de artista, y la buena *Mari* no sabía bien á derechas qué especie de peinado era el que le pedía, y allá en su interior discurría que debería ser un peinado fantástico, una cosa enteramente original; es decir, sin pies ni cabeza, y daba vueltas entre sus manos á aquel tesoro de bucles sin saber cómo combinar el peinado de artista.

Haclá y deshacía, abandonaba un procedimiento y apelaba á otro..., y sus esfuerzos eran inútiles, pues no daba en el *quid* de la dificultad.

— Estoy muy torpe — dijo al fin. — Antes me encontraba estas cosas hechas, y ahora...

— Vamos — le advirtió Margarita, — no te impacientes: el peinado que yo te pido no es ninguna obra de romanos.

— No será obra de romanos, pero como yo no lo he visto en mi vida...

— Péiname como todos los días, y cuida de que haya en los pormenores franqueza, naturalidad, indiferencia. Un artista es un ser que vive en regiones desconocidas para los demás mortales: come maquinalmente, se viste sin pensar en ello y se peina de cualquier modo.

Mari no entendió bien estas advertencias; pero tratándose de un peinado como el de todos los días, la empresa no ofrecía grandes dificultades, así es que con el desembarazo de una maestra consumada dió en pocos minutos fin á la obra.

Entonces examinó su trabajo desde diversos puntos de vista, de la misma manera que un escultor examinaría la estatua que hubiera salido de sus manos, y no encontrándole ningún descuido que corregir, preguntó:

— ¿Es esto?

— Eso es, *Mari* — le contestó Margarita. — Ya ves que no te pedía un prodigio de arte.

— Es verdad — añadió la doncella.

— Todavía, sin embargo, le faltan á tu obra algunos toques ligeros; porque advierto ciertas faltas de ortografía, y voy á ponerle los puntos y las comas.

Diciendo esto se acercó al espejo, y llevándose ambas manos á la cabeza, corrigió, digámoslo así, el estilo con dos ó tres rasgos maestros que completaron el efecto del peinado.

Volvióse á su doncella, y le preguntó:

— ¿Qué tal?

— Muy bien, señora.

En efecto, la última mano acababa de realzar el mérito de la obra, añadiendo á la sencillez la gracia. Había en ella franqueza, naturalidad, indiferencia, imprimiendo en la bella fisonomía de Margarita cierta audacia afable y comunicativa que unía á la firmeza de la mujer la vivacidad de la niña.

— Todavía — añadió con aire satisfecho — no he olvidado el secreto de mis celebradas originalidades. ¿Te acuerdas *Mari*? Entonces mis caprichos estaban en moda y mis peinados servían de modelos.

— *Hacían furor* — dijo la doncella.

— ¡Oh! — exclamó Margarita. — Y qué necia era yo entonces.

Mari dejó ver una sonrisa de benevolencia. Le parecía excesivo el rigor con que se trataba.

— Ahora dame mi hermosa falda de color de café.

— ¡Señora! — exclamó *Mari*.

— Sí, sí — insistió. — Le tengo una afición particular á este vestido. Fué un regalo de Montero; yo misma lo corté, tú me ayudaste á coserlo, y fué mi vestido de boda. Ya ves si merece mi predilección.

La doncella trajo la falda de color de café, cuya tela era de gro superior, más las aguas que formaba el tejido advertían ya que el vestido no acababa de salir de las

manos de la modista; era un vestido rico, sí, pero usado. Sobre la falda ajustó Margarita á su gracioso talle un abrigo de paño negro, ligeramente adornado con pasamanería de seda, colocando después sobre su cabeza un sombrero diminuto de terciopelo también negro, no rigurosamente ajustado á la última moda, cuyo único adorno consistía en un ramo de pensamientos.

Escondió fácilmente sus preciosas manos en unos guantes de color obscuro, y tomó el *manguito*.

Antes de salir del tocador, recogió de encima de la mesa un papel plegado en muchos dobleces, ocultándolo en el manguito.

Hizo un esfuerzo por sonreirse, y pasó á la habitación inmediata, seguida de *Mari*, que exclamó de repente:

- ¡Ah, qué descuido! Hay días en que está una incapaz, y hoy es uno de ellos.
- ¿Qué sucede? - preguntó Margarita sorprendida.
- Nada, señora, nada; que no he pedido el coche.
- Has acertado con no pedirlo, porque no lo necesito.
- ¿No?
- No. Saldré á pie. Hace un día hermoso, y deseo sol y aire. Volveré pronto, antes que empiece á soplar el viento frío de la tarde.

No era un suceso extraordinario que Margarita saliese á pie; lo hacía frecuentemente, casi todos los días, pues casi todos los días iba á la iglesia; mas á estas piadosas visitas siempre la acompañaba su doncella. Es, pues, natural que *Mari* no se sorprendiera de verla salir á pie, sino de verla salir sola.

Es verdad que la señora de Góngora tenía bajo su protección muchas familias desvalidas, á quienes socorría y visitaba; pero en estas excursiones de su caridad la acompañaba también su doncella, y además en esos casos ocultaba su riqueza bajo un vestido de lana y un manto humilde.

Mari no era entonces su doncella, sino su amiga; más aún, su hermana, porque no quería llevar á la casa de la miseria ni la más ligera sombra de lujo.

El peinado de artista, aunque era, como hemos visto, el peinado de todos los días, no dejaba de ofrecer alguna novedad en la *toilette* ordinaria de Margarita. La falda color de café que la doncella creía ya archivada, el abrigo de paño, que era una prenda lujosa y elegante..., el sombrero de terciopelo..., salir á pie, y sobre todo, salir sola, formaban un conjunto de circunstancias singulares, aunque cada una de ellas fuera por sí misma insignificante.

Mari no había aprendido aún á dominar por completo la impaciencia de su curiosidad, y entre sus disculpables vanidades tenía la de poseer toda la confianza de su señora, y se devanaba los sesos pensando qué misterio sería el de aquella salida, y misterio era indudablemente, puesto que ella lo ignoraba.

En el fondo de su corazón se abría paso cierta sombra de tierno resentimiento por aquella reserva injustificada, pues *Mari* quería á Margarita más que á las niñas de sus ojos, y se consideraba con derecho á saber hasta sus más recónditos pensamientos.

Sin embargo, si todavía era curiosa, había aprendido á ser discreta, y no se escapó de sus labios ni una siquiera de las diversas preguntas que interiormente se dirigía, y siguió silenciosa á Margarita, que cruzó el gabinete de labor y pasó al pequeño salón donde recibía de noche á sus amigos.

Al salir de esta pieza para dirigirse al recibimiento, se encontró con un obstáculo que le cerró el paso tan tenazmente que se quedó inmóvil como si las plantas de sus pies se hubieran pegado á la alfombra.

Era Serafín, que encontrándola al paso, se abrazó de pronto á sus rodillas, preguntándole:

- ¿Dónde vas? Dime, ¿dónde vas?

La madre se inclinó sobre su hijo, y por toda respuesta selló sus labios con un beso.

El niño insistió, preguntando de nuevo:

— ¿Dónde vas? ¿Dónde vas?

— Voy á hacer una visita, hijo mío.

— ¡Una visita! — exclamó Serafín. — Bueno; yo voy contigo.

— No es posible. Donde yo voy no pueden ir niños.

— ¿Por qué? ¿Hay lobos que se los comen?

— No hay lobos — le contestó su madre.

— Entonces — dijo el niño resueltamente — yo voy contigo.

— No puede ser — replicó Margarita, poniéndose seria.

— ¿Qué capricho es este?

Serafín permaneció abrazado á las rodillas de su madre, y ella, tratando de convencerlo, añadió con dulzura:

— Mira, el padrino te espera para llevarte á ver el caballo que te han traído. Es un caballito precioso, como hecho para ti.

— ¿De carne? — preguntó Serafín con esos cambios de tono tan propios de los niños.

— ¡Por supuesto, de carne!..., con su silla y sus estribos y su brida... *Mari* — añadió volviéndose á la doncella, — llévalo con su padrino para que le enseñe el caballo.

Mari se acercó para coger al niño de la mano, pero él se asió más fuertemente á su madre, y dijo con resolución:

— No..., yo voy contigo.

— ¡Vamos!... — exclamó Margarita. — El padrino te malcria de tal modo, que acabarás por hacerte insoportable. Tú has sido siempre obediente.

La doncella intervino, diciendo:

— Es un caballo que relincha y que salta; blanco y negro, como los que á ti te gustan. ¿Oyes?... ¿Oyes como te llama?...

— ¿Qué dice? — preguntó el niño.

— Dice... *Sera rafin Se rara-fin...*

Mari, pronunciando el nombre del niño, quería imitar el relincho del caballo. Pero ni por esas... Serafín miraba atentamente á la doncella, sin soltar el vestido de su madre.

La pasión infantil de Serafín eran los caballos; mas esta vez todos los caballos del mundo no tenían fuerza bastante para separarlo de su madre.

— ¡Capricho!.. ¡Capricho de niño mimado!.. — decía Margarita impaciente, mientras *Mari* movía la cabeza con ademán dudoso.

Serafín era naturalmente dócil, y aunque dejaba traslucir bastante firmeza de carácter, cedía siempre á las súplicas. Quedaba todavía este medio á que apelar para vencer su tenaz resistencia.

— Me aflige tu desobediencia — dijo Margarita, — y harás al fin que llore.

Y diciendo y haciendo sacó el pañuelo del manguito y se lo llevó á los ojos, como si llorara.

Al sacar el pañuelo cayó sobre la alfombra el papel hecho dobleces que había tomado de la mesa del tocador.

Los semblantes de los niños son espejos que reflejan lo que tienen delante; si ven reír, ríen; si ven llorar, lloran. Serafín abrió los ojos, miró á su madre, y dos lágrimas como dos perlas rodaron por sus mejillas, mas no soltó el vestido.

¡Qué tenacidad tan impudente!.. Era preciso apelar á medios más severos, y Margarita, revistiéndose de toda su tierna autoridad, mandó á Serafín que soltara el vestido.

El niño obedeció, y con llanto cuya amargura es indecible, repitió entre sollozos:

— Llévame..., llévame contigo.

Margarita se sintió enternecida, y á *Mari* se le llenaron los ojos de agua... Había en la voz del niño un acento de súplica irresistible.

— Capricho..., capricho — dijo Margarita, haciendo traición con sus palabras á la emoción que sentía.

Y como detenerse era ceder, salió de la habitación, dejando á Serafín, que sollozaba amargamente, diciendo:

— Llévame..., llévame contigo.

Mari quiso consolarlo, pero sus esfuerzos fueron inútiles: el niño lloraba con toda su alma; jamás se le había visto tan afligido...

— Ven, hijo mío, ven — le dijo *Mari*. — Es una picardía la que hacen contigo..., pero tú tienes el caballo más hermoso que hay en todo Madrid... y en toda España y en todo el mundo.

Serafín miró á la doncella al través de una nube de lágrimas, y por uno de esos arranques misteriosos con que los niños nos suelen llenar de asombro, cayó de rodillas, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

— ¡Dios mío!.. ¡Dios mío!..

Mari cruzó las manos y levantó los ojos al cielo, poseída de muda admiración. No encontraba frases con qué mitigar aquel profundo desconsuelo, no sabía qué hacer, y no hizo nada.

Las tempestades infantiles pasan pronto; el alma de los niños es un cielo que se serena fácilmente; mas esta vez los sollozos de Serafín parecían inagotables.

¿Y dónde estaba Montero?... Montero salió después de almorzar, y al volver encontró á Margarita en la escalera.

— ¿Y Serafín? — le preguntó.

— Serafín — le contestó la madre — se queda llorando.

En dos saltos se encaramó en lo alto de la escalera y entró en la casa. Al ver á Serafín de rodillas y llorando,



Y COMO DETENERSE ERA CEDER, SALIÓ DE LA HABITACIÓN

lo alzó en sus brazos como una pluma, lo apretó contra su pecho, como si de ese modo quisiera ahogar la pena que le afligía, y volviéndose á la doncella le preguntó:

— ¡Qué es esto, *Mari!*.. ¡Qué es esto!

Ella se encogió de hombros, contestando:

— Pues... un capricho...

— ¡Capricho! — exclamó el coronel frunciendo su terrible entrecejo. — ¿Qué quiere decir capricho?..

— La señora — se apresuró á replicar la criada — es la que le da ese nombre.

Contra la señora no se permitía Montero ni la más ligera señal de enojo; así es que se disipó la sombra de su frente al oír el nombre de la señora.

— Bien — dijo. — ¿Qué ha sucedido?

Mari le contó entonces toda la escena que acabo de relatar.

— Capricho..., capricho... — refunfuñó Montero. — Como si no fuera la cosa más natural del mundo que un hijo quiera ir con su madre.

Esto no era más que la mitad de su pensamiento. La otra mitad era: «Capricho el de la madre que no ha querido llevarlo.»

Como si el niño lo hubiera adivinado, se enjugó los ojos con las manos, y entre angustiosos sollozos dijo:

— Padrino, llévame tú.

— ¿Dónde, hijo mío? — le preguntó el coronel.

— Con mi mamá — contestó Serafín.

— ¡Ahora mismo! — exclamó el padrino, acogiendo la idea de su ahijado. — Yo te llevaré adonde esté tu madre, y si fuera preciso te llevaría hasta el fin del mundo.

Diciendo y haciendo puso al niño en el suelo, acabó de secar sus lágrimas, lo tomó de la mano y echó á andar; mas se detuvo en la puerta, para preguntarle á *Mari* dónde había ido la señora.

— No lo sé — contestó la doncella. — Ha salido sin decir adónde iba.

— Lo mismo da — replicó; — la encontraremos en el Carmen ó en San José. Son sus iglesias favoritas.

— *Mari* movió la cabeza, haciendo un signo negativo.

— ¿No? — exclamó Montero.

— No — contestó resueltamente la doncella.

— ¿Por qué? — preguntó. — Vamos á ver, ¿por qué?..

— Porque la señora siempre que va á la iglesia lleva manto, y hoy no lo lleva.

— ¿Ha salido á pie?

— A pie.

Quedóse pensativo, rascándose maquinalmente la cabeza sin saber qué partido tomar, porque la observación de la doncella era irreplicable. De toda su actitud se deducía que interiormente exclamaba. «¡Dónde demonios habrá ido esta santa señora!»

Nada más fácil que engañar al niño, sacándolo á la calle, haciéndole dar dos ó tres vueltas, volviéndolo á casa cuando ya Margarita estuviese en ella, y asunto concluído. Mas para Montero las cosas de Serafín eran las cosas más serias del mundo, y engañarlo siendo la inocencia misma, le parecía la más negra de las traiciones. Le había prometido llevarlo adonde estuviera su madre, y antes faltaría el sol á su carrera que él á su palabra. Perfectamente; pero es el caso que ignoraba adónde había ido Margarita, y he ahí su perplejidad y su impaciencia. Sus grandes bigotes lo pagaban, pues tiraba de ellos sin misericordia. A cada sollozo que se escapaba de la garganta del niño, añadía un tirón más fuerte.

Cansado de mirar al techo sin encontrar en él más que las molduras del artesonado, bajó los ojos y empezó á recorrer con mirada distraída los caprichosos dibujos de la alfombra, encontrando á sus pies un pedazo de papel muy

plegado. Inclínose maquinalmente y lo cogió, y cada vez más impaciente comenzó á darle vueltas entre sus dedos.

Mari dijo entonces:

— Ese papel lo llevaba la señora en el *manguito*, y sin duda al sacar la mano se le ha caído.

Desdobló Montero el papel, y vió escritas en él con letra desconocida las señas de una casa.

El papel era fino y sedoso, y contenía únicamente estas palabras: *Urosas, 19, principal.*

— ¡Bravo! — exclamó. — Ya estamos en la pista... Aquí debe estar la fugitiva... No hay duda, aquí hay alguna miseria humana, que ha ido á socorrer con el mayor sigilo, como si fuese á cometer un crimen... Vamos..., vamos á sorprenderla, á cogerla *in fraganti*... No es corto el camino, y para que no se nos escape tomaremos un coche.

En el carácter ejecutivo del coronel no cabían vacilaciones; la primera idea que le ocurría era siempre la mejor, la única, é inmediatamente la ponía en práctica.